

DON RAFAEL.

Llamó la atención del oficial, que aquel desconocido hablase con tanta seguridad del camino que había de traer Lázaro el cochero de su padre; pero lo distrajo el ventero diciendo con mal modo: ¿Para qué me traen a mí, si hay otro que conozca los caminos?

—¡Traidor! le gritó Rafael al oído, aproximándose a él con un salto de su caballo; y si vamos por ese camino ¿cuándo llegaremos a la carretera?

Sin embargo, el oficial dudaba: casi iba a decidirse a seguir el consejo del ventero, cuando Rafael se acercó a él, permaneciendo embozado, y le dijo con una emoción que visiblemente manifestaba su tono: ¡Señor oficial, créame usted!

—¡Echa ese hombre a tierra! dijo al soldado que llevaba a las ancas al ventero: el soldado lo empujó con violencia, y el ventero cayó al suelo lastimándose.

—¡A escape! gritó Rafael: antes que sea tarde, porque ese hombre tenía malas intenciones.

—¡A escape! repitió el oficial: y levantando una nube de polvo, bien pronto los diez caballos se perdieron en los rodeos del camino.

CAPITULO X.

—¡Ahí está! gritó el oficial después de haber corrido por espacio de una hora.

En efecto, un coche tirado por seis mulas se dirigía hacia ellos con prodigiosa velocidad; hicieron alto todos para esperarlo, y pocos momentos después pasaba entre los caballos.

—¡Fernando, hijo mío! dijo un anciano asomando por la ventanilla su blanca cabeza: ¡hermano! hermano! gritaba a la par un joven.

Rafael se estremeció convulsivamente, y subió tanto el embozo de la manta que le ocultaba todo el rostro.

¡Sigue! sigue hasta la venta! dijo al cochero el oficial, viendo que contenía las mulas; e inmediatamente clavó las espuelas en los hijares de su corcel, lanzándose en pos del carruaje segundo de su tropa.

De cuando en cuando se veían salir por las ventanillas del coche dos brazos que agitaban en el aire dos pañuelos, eran las señales de alegría de un padre que encontraba a su hijo, de un hermano que veía a su hermano.

—¿Qué hacemos, don Rafael? preguntó Juan: ¿vamos a quedarnos aquí por tener el gusto de helarnos de frío, ó seguimos hasta la venta? los caballos necesitan un pienso.

Rafael no respondió, pero sacó el pañuelo y enjugó una de esas lágrimas de fuego, que no alivian el corazón y que san la mequilla.

¿Qué tiene Vd.? dijo Juan acercándose.

—¡Celos, envidia! respondió el joven con desesperación: celos del cariño de un padre, envidia del cariño de un hermano: pasan junto a mí sin conocerme, sin mirarme, como si fuera un extraño, ¡y son ellos! no se acuerdan ni aun de que existo....!

¡Voto á Dios! exclamó Juan; y es verdad: no sabía yo como explicar lo que me sucedió cuando vi a ese oficial: me parecía conocerlo y estaba cierto de no haberlo visto nunca; ahora lo comprendo; es un hermano de V... si, lo mismo era V., don Rafael, cuando se ponía ese mismo uniforme, cuando nos conocimos.... y qué demonios? ahora les da V. un abrazo cuando lleguemos a la venta, porque esta ocasión no es de perder.

—¡Un abrazo! no, Juan, respondió triste; me preguntará quien soy, y cuando lo diga, responderán mis hermanos, que no tienen hermano, y dirá mi padre que no tiene tal hijo.

—Eso dirán? pues yo no entiendo porqué han de tener peor corazón los ricos que los pobres: si V. quiso ser torero, por las mugeres se pierden los hombres; pero ya no tiene remedio, y la culpa es de ellos, si V. no se volvió atrás; ¿qué iba V. a hacer? dejará vd. por eso de ser su hijo?

—¡Hijo! hijo! cuando está prohibido a todos el hablarle de mí, cuando hace seis años que no oye pronunciar mi nombre!

—Pues volvámos atrás, don Rafael, y olvidelos vd., también como los tenía olvidado hasta ahora.

—Nunca, Juan, nunca! gritó con resolución el joven; he querido seguir esta vida errante, he querido aturdirme y ahogar mis pensamientos, y no acordarme de lo que había sido, pensando solamente en lo que era, pero en vano; mi mal humor frecuente, nacia de mi desesperación: en medio de la embriaguez me asaltaban las memorias de lo pasado, y esas memorias me martirizaban como un remordimiento: embrutecerme, degradarme, aprender otro lenguaje, todo eso he querido hacer, pero me engañaba a mí mismo; no podía olvidar, no podía tener resignación para vivir como igual entre hombres a quienes desde niño estaba acostumbrado a mirar como inferiores; su conversacion me repugnaba, su familiaridad me ofendía; mis goces eran de los sentidos, pero en ningunos ha tomado parte mi corazón.... ¡Oh, cuánto tiempo hace que ahogo sus movimientos! cuánto que mi alma no da un suspiro! ¿a quién podía yo hablarle?

—Cierto, don Rafael, repuso Juan; mucho tiempo hace que no habla vd. así: ya creía yo que no volvería a oírle a vd. esas cosas que no entiendo bien, pero que me alligen porque vd. está afligido cuando las dice....

—Es verdad. Juan, tú no las comprendes, y no puedes concebir por lo mismo cuales son mis penas; tú no has perdido nada en la vida, te encuentras como cuando naciste....

—Yo sé hacer lo que vd. me manda, dijo Juan resentido; y si no tengo que perder mas que mi vida, a perderla me espuse por vd.... vamos, don Rafael, que entre toda esa gente grande, no había vd. de hallar un hombre que lo quisiera como Juan.... Y el pobre torero, el hombre ordinario, al decir esto con voz conmovida, olvia al otro lado el rostro, para que Rafael no viese sus lágrimas que lo avergonzaban. Vamonos, don Rafael, si no hacen caso de vd., no haga vd. caso de ellos tampoco: ademas que esta noche debemos estar en Andujar.

—No importa, Juan, respondió Rafael, que no había advertido la conmoción de este: si tú no quieres esperar, vete; yo voy a la venta, quiero ver a mi padre otra vez.

—¿Que me vaya, Don Rafael? replicó Juan admirado: ¿y que voy a hacer sin V.? Después de seis años en que no me he separado de V. ni un solo día, que he estado junto a V. siempre en el peligro, ¿me dice V. con indiferencia que lo deje? Aunque V. me lo mandase no lo haría. Vamonos a la venta, vamos al fin del mundo, y si los compañeros esperan en Andujar, que esperen ó se vayan.

Rafael sin responderle, picó el caballo, y ambos se pusieron en marcha.

Apearonse cuando llegaron a la venta, quitaronse las mantas que echaron sobre los hombros, y los dos, después de haber descolgado las escopetas de las sillas, y colocado en los ceñidores las pistolas, entraron en la cocina. Sentado delante del fuego frente a la puerta, estaba el anciano en medio de sus dos hijos: era imposible entrar de otro modo que pasando junto a ellos, y Rafael se adelantó porque había tomado su resolución.

—¡Hola! exclamó al verlo el oficial: ¿dónde se quedó Vd.?

Alzo entonces el anciano la vista a Rafael, y en el momento se contrajeron todas sus facciones: quiso hablar y solo produjo un rumor sordo como el lejano rugido de un leon; pero esto duró un instante no mas: en seguida se levantó, y dijo con el tono de quien sabe que lo han de obedecer, y no quiere dar cuenta de su conducta.

—¡A ver un cuarto, y que nadie entre a incomodarme!

Rafael se había apoyado en la pared, y permaneció inmóvil como el reo que espera el golpe del verdugo, viendo alejarse a su padre sin echarle una sola mirada. Sus hermanos se levantaron también.

Juan volvió en este momento del establo.

—Juan, le dijo el infeliz; pregunta si hay un cuarto para los dos. Pocos minutos después Juan tomó las escopetas y las mantas, y seguido de Rafael subió al cuarto que les habían dado.

—Pues estos arrebatos van en aumento todos los dias, decía al oficial su hermano, cuando Rafael y Juan los habían dejado, y volvieron juntos al fuego: en Madrid ha sufrido su corazón tormentos inauditos cada vez que oía hablar de los toros... como él estaba allí.

—¿Y ahora?

—Ha vuelto creo para Ronda; pero no le hables de él, sería inútil: tú saliste para el regimiento poco después de aquel día terrible, y no sabes todo lo que ha pasado: la pobre Lucia se atrevió una vez a preguntar por él, y desde entonces está encerrada en el convento: aunque ahora saldrá para casarse con el conde, pienso que no quiere verla: los años endurecen su carácter.

El ventero que entraba a la sazón, interrumpió a los dos hermanos: ahora vuelves? le preguntó el oficial.

—Si, si, señor, respondió algo turbado.

—Pues necesitamos pienso para los caballos y mulas, porque hasta mañana a la tarde no saldremos: ¿nada has sabido del sargento?

—No señor.

—¿Dónde diablos se habrán metido esos hombres? exclamó hablando consigo mismo; debían haber venido escoltándolos a Vds., añadió dirigiéndose a su hermano.

(Continuará).

REVISTA DE TEATROS.

No comprendemos cómo confesando el *Tiempo* que el señor Guzman estuvo inferior a sí mismo en la *Segunda parte de la Rueda de la Fortuna*, pudo estar superior al señor Lombía, que a pesar de su posición y haberle querido juzgar algunos periódicos, y entre ellos el *Tiempo*, antes de presentarse en la escena, obtuvo bastantes aplausos. Nosotros sí que no creemos hallarnos en desacuerdo con el público que asistió a la representación la única noche que se puso en escena, a pesar de que creemos estuvo demasiado duro en el castigo, con no aplaudir apenas al señor Guzman.

Copiamos del *Tiempo* la parte de la revista en que se ocupa de Carnicer.

Ha existido en España una ley absurda, entre otras varias dignas de una calificación semejante: una ley por la que se embargaba a los artistas, como se embargan machos y carruajes, muebles y sueldos, una ley por la que la capital de

España monopolizaba el mérito de los que mas se distinguian en los teatros. En virtud de esta ley fué embargado el señor Carnicer hace años en ocasion de hallarse escriturado para el teatro de Barcelona, y por via de indemnizacion solicitó y obtuvo una real orden por la que se le nombraba maestro y director perpétuo de todas las compañías futuras. Absurdas son por necesidad cuantas deduciones se hagan de un principio absurdo; tan irregular era obligar á un artista á que empleara sin excusa sus talentos en la capital de España, aunque prefiriese vivir en otro punto, como lo es querer obligar á una empresa a que se valga de un artista que no merece su confianza. Es claro como la luz del día que abolida una ley caducan sus efectos; así, dueño el señor Carnicer de ajustarse actualmente en el teatro que mejor le acomode, no hay razon fundada, ni motivo legitimo para que continúe el goce de un privilegio obtenido, cuando no podia ejercer libremente su arte, de otro modo se restablece de nuevo la ley de embargos en favor de un solo individuo y en contra de todo un público: antes embargaba un ayuntamiento á un artista; hoy embarga un artista á una empresa. Pero supongamos que ese privilegio haya de ser vitalicio, y que el señor Carnicer pueda presentarse á toda nueva empresa diciendo á semejanza.

del que enamora con puñal en cincho.
usted me ha de querer, sino la pincho.

Aun supuesto eso, todavia la empresa puede reclamar el cumplimiento de las estipulaciones en virtud de las cuales posee el teatro, segun testo literal, esplicito y no sujeto á torcidas interpretaciones, el señor Carnicer y cuantos se hallan en el mismo caso, deben de ser preferidos en igualdad de circunstancias por el tanto. Así se lo ha manifestado la empresa del teatro de la Cruz, invitándole á una entrevista para que se entere de la escritura del señor Basili y preferible al punto, si acepta iguales condiciones; mas el señor Carnicer se ha hecho el sordo y ha seguido pleiteando, porque, segun todas las apariencias, no la música, sino los pleitos son su comida. En pocos años ha tenido tres, sin contar los que no hayan llegado á nuestra noticia: fue el primero cuando los actores tuvieron el teatro por su cuenta: el señor Carnicer queria obligarles á que le admitieran por maestro de música, no existiendo compañía de ópera, sino solo de verso: fue el segundo de resultas de la misa de requiem por el alma de la familia de Safont, y mientras pleiteaba retenia lo que habia recibido para músicos y coristas: es el tercero el que se halla pendiente ahora. Quiere sin duda el señor don Ramon Carnicer hacerse célebre por sus pleitos, ya que no por sus composiciones: por lo cual nos parece que si la posteridad repite su nombre, no ha de ser por leerse en una *Gaceta musical*, sino en una *Gaceta de tribunales*. Carece el señor Carnicer su triunfo en el juzgado de primera instancia: nosotros podríamos recordarle el informe que en cierta ocasiou fué estampado en su expediente en el ministerio de la Gobernacion de la Península: dicho informe se apoyaba en razones sólidas, y escusado es decir que era desfavorable á sus pretensiones; en esta forma fué su expediente al despacho, y todo lo que se pudo hacer en obsequio del demandante, fué suspender el curso del negocio.

Ignoramos cual sea ahora la resolucio definitiva de los tribunales, lo que sabemos es que el señor Carnicer tiene contra sí, entre otras cosas, la opinion pública. Por lo demas la empresa del teatro de la Cruz ha procedido con dignidad y decoro cerrando su coliseo por no dar la direccion de la ópera, á una persona que no merece su confianza; la empresa ha tomado el asunto en serio; tal vez nosotros lo hubiéramos echado á broma, y antes de cerrar el teatro, hubiéramos dado posesion de la direccion al señor Carnicer, poniendo en seguida en mesa de estudio la nunca bien ponderada ópera, cuyo título es; *Ismale ó morte el amore*; de este modo el triunfo del señor Carnicer, hubieran sido completo. Si, lo que no es creible, gana su pleito en la audiencia, habrá de quedar con signado que el señor Carnicer es el Atila de las artes, el azote de las empresas, para el público una calamidad verdadera. Diremos por último y que, sin discutir el mérito artístico del señor Carnicer, hay muchos que le superan, y que la direccion de la ópera no habia de desempeñarla mejor que el señor Basili.

Nos dicen de Valladolid.

El Liceo celebró el día 5 el tercer aniversario de su apertura, y la fuccion que dió con este objeto fué una de las mas brillantes á que hemos asistido. Se ejecutó por la seccion de declamacion la comedia nueva *Amar á quien se aborrece*, compuesta por el presidente de la seccion de literatura don Gerónimo Moran, joven ya conocido en el parnaso español ventajosamente. El argumento de la comedia, sacado de las guerras de don Pedro el Cruel con su hermano don Enrique, es sencillo al par que interesante: las escenas facilmente conducidas llevan dulcemente al espectador á presenciar un desenlace no esperado, si bien natural y agrudable. El señor Moran ha imitado perfectamente las bellezas de los buenos escritores dramáticos de nuestro antiguo teatro, á quienes sin duda tomó por modelo. Su nueva obra asentará mas y mas la justa reputacion que tenia adquirida. En lo que cada dia presenta nuevos títulos á la admiracion, en lo que no cesamos de envidiarle en su nueva obra, es en la facilidad y dulzura de su variada versificacion. El Liceo, luego que terminó la representacion, llamó el autor á la escena donde fué recibido con numerosos aplausos cayendo á sus pies varias coronas. La interesante señorita de Daza, que con sumo acierto habia espresado los sentimientos del poeta, ejecutando la parte de doña Estrella, ciñó la frente del joven literato con el laurel que el Liceo le dedicaba. Sabemos que la obra del señor Moran ha sido presentada á la empresa del teatro del Príncipe, y no duda-

mos que aceptada por ella disfrutarán Vds. pronto de un placer como el que los vallisoletanos hemos disfrutado en la noche del 5.

Terminada la comedia se leyeron varias poesías, se coreó un wals, y por último se dió principio á un baile que duró hasta las diez de la noche, sin que la menor escena desagradable turbase el contento de aquella tan numerosa y escogida reunion.

Leemos en una correspondencia de Berlin:

La célebre cantatriz española señora Montenegro ha obtenido en esta un éxito completo á pesar de los recuerdos que ha dejado la Lind. Su voz ha ganado en agilidad, bajo la direccion del famoso Romani, y su escuela es ahora correcta y sobera; la cantante española ha dado una nueva vida al *Konigs tadtiseeh Theater* (teatro de la ciudad del rey) donde la ópera italiana estaba de todo punto muerta. El juicio de los periódicos de esta ciudad le es favorable y el público la ha llamado á la escena. El triunfo que consiguió en Milan debió ser estrepitoso, pues no solo los anuarios musicales y periódicos lo indican, sino que se le batieron hermosas y mas medallas en oro y bronce en su obsequio y yo tengo un ejemplar de la última. De coronas de flores artificiales tiene varias, y una de laurel, de terciopelo y oro muy bien hecha, todas con su nombre bordado de oro en las cintas.

Tambien le fué arrojado un gran ramo de flores que costó mil francos.

LOS JESUITAS

JUZGADOS POR SI MISMOS

6

CONSTITUCIONES PUBLICAS

É INSTRUCCIONES SECRETAS (MÓNITA SECRETA)

DE LOS JESUITAS

En lo que prescriben á los JESUITAS estas constituciones se funda cuanto dicen de los mismos el *Judio Errante*, el *Análisis documentado de los Jesuitas*, (copia del libro antiguo titulado: *Retrato de los Jesuitas al natural*, traduccion del Portugués) lo que nos prometen los *Misterios de los Jesuitas*, y cuanto puede leerse en el *Teatro Jesuitico*.

Esta obra se compone de un tomo en 8.º, y se vende en las librerías de don Ignacio Boix, calle de Carretas, números 8, y 35, al precio de 8 rs. en rústica, y 10 en las provincias franco de porte.

CURSO DE GEOGRAFÍA

Elemental y descriptiva del globo y de las cinco partes del mundo, acomodada á la inteligencia de la juventud para uso de los colegios de Humanidades, dispuesta y arreglada por el presbítero

DON RAMON DE FUENTES FERRAZ.

Siendo sumamente estenso y complicado el estudio de la geografía, es casi imposible á los jóvenes poder hacerlo en poco tiempo en las obras voluminosas, y que no solo abrazan la geografía general, sino la particular de cada pais. Necesaria era, pues, en nuestro pais una obra como esta, que reune sin ser muy estensa, cuanto hay que saber generalmente sobre el globo.

Este tratado se vende en Madrid en las librerías de don Ignacio Boix, calle de Carretas, números 8 y 35, al precio de 4 reales en rústica y en pasta.

TEATROS.

DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche: se pondrá en escena la comedia en dos actos, titulada ¡EL PRIMITO! Intermedio de baile nacional. Seguirá el jugueto cómico en un acto, titulado LAS GRACIAS DE GEDEON. Terminará el espectáculo con baile nacional.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRENTA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8.